

Una tregua y dos intereses contrapuestos

Carlos LARRÍNAGA

Historiador y politólogo. Catedrático de Universidad

Donald Trump lleva varias semanas hablando de la pervivencia de la tregua como paso previo a la firma de un memorándum que podría servir para, en un plazo razonable, llegar a algún tipo de compromiso entre Estados Unidos e Irán. En el Despacho Oval hay ganas de poner fin a una conflagración cada vez más impopular entre la población, habida cuenta de que se ha producido una escalada de los precios, cuando en campaña electoral el actual inquilino de la Casa Blanca insistió en todo lo contrario. A pesar de los distintos ataques que se han producido por ambas partes y por Israel, se supone que la mencionada tregua permanece en vigor, aunque pende de un hilo el que se vuelva al escenario bélico anterior. En el fondo, Teherán busca ganar tiempo y hace de la paciencia una virtud, algo de lo que carece absolutamente un líder tan imprevisible como el magnate neoyorkino, capaz de decir una cosa y la contraria casi al mismo tiempo. Aunque las elecciones de medio mandato de noviembre están a la vuelta de la esquina y los sondeos no le son precisamente favorables. Con la contienda su popularidad ha caído en picado y eso puede que le cueste no sólo la mayoría de la Cámara de Representantes, sino también el Senado. Si esto fuera así, se convertiría en un pato cojo y es lo que quiere evitar a toda costa. Incluso, no sería de extrañar que, si los demócratas lograran la mayoría en ambas cámaras, se abriera una investigación política en su contra, por la guerra ilegal en la que ha metido a Estados Unidos y por sus interferencias en el mercado, porque, a estas alturas, muy pocos se creen que sus mensajes son inocuos cuando se trata de ganar dinero. Es por ello que Trump necesite acabar con este episodio cuanto antes, habiendo incluso el temor de que pueda llegar a un arreglo peor del que se estaba negociando en junio del año pasado y antes del actual conflicto.

Sólo en este contexto se puede entender la dura conversación que mantuvo el pasado 1 de junio con Netanyahu, al que llegó a decirle que estaba “jodidamente loco” y a recordarle que si no estaba en prisión era por él. Incluso le espetó que todo el mundo le odiaba, así como a Israel. Desde luego, hasta entonces ningún presidente americano se había atrevido a tanto, pero Trump no tiene filtros. En la medida en que éste buscaba un acuerdo con Teherán, el gobierno israelí buscaba seguir destrozando el Líbano a la manera de lo que ha hecho en Gaza. A pesar de las negociaciones entre los representantes de Tel Aviv y Beirut en Washington, Netanyahu parece empeñado en acabar con Hezbolá y en implantar un castigo colectivo al sur del país de los cedros, habiendo ocupado incluso una franja importante de su territorio. No olvidemos que el Gran Israel iría desde el río de Egipto hasta el Éufrates, con lo cual, desde el punto de vista bíblico, semejante incursión y desplazamiento de población estarían plenamente justificados. Pero esta postura choca con los intereses estadounidenses, ya que para Teherán el alto el fuego incluye el escenario libanés, toda vez que Hezbolá es un proxy del régimen de los ayatolás. Al continuar Israel con su ofensiva en Líbano, el convenio de Washington con Irán se desvanece, y eso es justo lo que quiere Netanyahu, que todavía cree en la posibilidad de acabar de una vez por todas con su archienemigo iraní. Para Bibi, está claro que hay que “acabar el trabajo” como sea. Sobre todo, si tenemos en cuenta que él también tiene unos comicios a la vista y que, si no los gana, las tres causas por corrupción que tiene pendientes se reactivarían, pudiendo incluso dar con sus huesos en la cárcel, como ya le pasó a Olmert. ¿A qué viene si no esas reiteradas

peticiones de indulto de Trump al presidente de Israel si aún no se ha celebrado el juicio?

En definitiva, ese fin de las hostilidades contra Irán que tanto busca la Casa Blanca choca con los intereses del ejecutivo israelí, que está dispuesto a pelear tanto en Líbano como en Irán con tal de que Trump no acuerde nada con Teherán. Y es que Netanyahu es consciente de una realidad: le podrá abroncar y le podrá amenazar con disminuir la ayuda militar, pero sabe perfectamente que nunca le va a dejar solo y que, en caso de peligro cierto, Estados Unidos terminará respondiendo. A este respecto, no debemos olvidar algunos datos sumamente importantes: por un lado, la fuerza que tiene el lobby sionista, incluyendo a los judíos y a los evangélicos; por otro, que la política exterior americana lleva alineada con Israel desde hace décadas; y, por último, que Tel Aviv ha intensificado su espionaje sobre los principales negociadores estadounidense para de esta forma contar con información privilegiada y actuar en consecuencia. Por eso, si Trump quiere poner fin a todo este embrollo, ¿pasará de las palabras a los hechos? ¿O se verá arrastrado por el beneficio de Israel?

10 de junio de 2026

Publicado en *El Diario Vasco*, 17 de junio de 2026, p. 21